

## ***La política exterior de Reagan***

---

**Raúl Sohr** Sociólogo y periodista chileno. Actualmente es uno de los directores de Latin American Newsletters.

---

"Si una gran potencia ve pasar su cenit, o que está próximo a pasarlo, y si esa potencia es inherentemente expansionista, debe inferirse que tratará desesperadamente de revertir su destino histórico mediante una serie de aventuras"<sup>1</sup>. ¿A quien le viene este sayo? ¿A Estados Unidos o a la Unión Soviética?

Probablemente la mayoría de los latinoamericanos apuntará su índice hacia Washington. Sin embargo, el autor de la cita inicial tenía en mente a Moscú y la utilizó para ilustrar los temores del gobierno de Ronald Reagan. Líneas casi idénticas pueden leerse en la prensa del campo socialista explicando la decadencia de Estados Unidos y los peligros que entrañan los zarpazos de la bestia agonizante.

Es muy difícil determinar si la principal potencia capitalista se encuentra en su ocaso o si el bastión del campo socialista ha visto ya pasar sus mejores días. Lo que sí está a la vista es que Moscú no parece apesadumbrado por su futuro. Dado que la Unión Soviética no practica una política de dominación global, sino que mas bien de consolidación de su área de influencia con incursiones ocasionales en el Tercer Mundo, sus limitaciones son menos visibles. Washington, por el contrario, sí proyecta una imagen de inseguridad. Las debacles domésticas e internacionales de Estados Unidos desde los días de Richard Nixon han recibido una atención casi ilimitada. Ello, sin duda, ha creado en el pueblo norteamericano una sensación de frustración e impotencia.

### ***Una nueva guerra fría***

La elección de Reagan señaló, precisamente, un endurecimiento de la opinión publica estadounidense. Jimmy Carter, el que no pudo rescatar a los rehenes de Irán, el presidente que besó las mejillas de Leonidas Brezhnev y que quería firmar los acuerdos Salt II<sup>2</sup> (favorables a Moscú, según la nueva derecha), el hombre de

---

<sup>1</sup> Foreign Affairs, Vol. 67, No. 3. U.S. Soviet Relations: the long road back. William G. Hyland, 1981.

<sup>2</sup> "El dijo (el presidente Jimmy Carter) que debemos ratificar el tratado SALT II porque si no nadie nos apreciará. El dijo que debíamos devolver el Canal de Panamá porque si no nadie nos apreciará. Ya es tiempo de decirle al presidente: no nos importa si nos aprecian o no. Nos haremos respetar en el mundo".

"Nosotros queremos limitar las armas. Queremos control de los armamentos. Pero Estados Unidos jamás debería aprobar un documento injusto, desigual y peligroso que daría legitimidad a la

la Comisión Trilateral que proponía un nuevo orden basado en el entendimiento con Europa, Japón y un acomodamiento con la Unión Soviética, perdió las elecciones en 1980, frente a un candidato que abogaba en lo internacional por el restablecimiento de la supremacía de Estados Unidos.

La nueva derecha que apoya a Reagan estimó que había llegado el momento de contener a los rusos: luego de Angola, Etiopía (casos de expansión soviética a través de terceros), Afganistán (la primera incursión rusa fuera de su área definida en Yalta) y Nicaragua (cosechando los frutos de una lucha social). El único lenguaje claro frente a Moscú era la fuerza. Una nueva guerra fría. Ello conllevaría además la subordinación de los aliados europeos que por más de una década habían logrado un *modus vivendis* cada vez más cordial con sus vecinos orientales.

La premisa básica de la política exterior de Reagan es que enfrenta a un enemigo fuerte pero en vías de desmoronamiento. Para no esperar sentado frente a la Casa Blanca a que pase el cadáver de éste, Reagan diseñó una estrategia en dos niveles. Por un lado, conseguir una supremacía militar absoluta, y por el otro explotar y agravar las dificultades económicas del campo socialista. Esto último debería contribuir a intensificar las dificultades domésticas de los partidos comunistas en el poder<sup>3</sup>. Esta concepción de las relaciones internacionales tenía por norte un solo objetivo: doblegar a los soviéticos. Toda otra consideración se subordinaría a esta meta. La gran alianza contra los soviéticos es conocida con el nombre de "consenso estratégico". Así, Washington ha tratado de persuadir a los países árabes de que su conflicto con Israel no es tan serio como ellos piensan. La amenaza real proviene de Moscú. El fin de la ocupación ilegal de Namibia por parte de Sudáfrica es una cuestión secundaria para Estados Unidos. Lo central es que las tropas cubanas evacuen Angola, sólo entonces podrá discutirse seriamente el futuro de una nación cuyo destino independiente ya ha sido dictaminado varias veces por las Naciones Unidas.

Para los regímenes militares latinoamericanos, este giro norteamericano fue en principio una verdadera bendición. Si el respeto a los derechos humanos pregonado por Carter quedaba en un segundo plano, ya no había más problemas con la Casa Blanca. Antecedentes de celo anticomunista les sobraban. La embajadora ante las Naciones Unidas, Jeane Kirkpatrick, se encargó de proveer la

---

inferioridad estratégica de Estados Unidos ante un poder imperial, hostil, cuyas ambiciones se extienden a los últimos rincones de la tierra". Discurso pronunciado por Ronald Reagan en febrero de 1982. Facts on File, Nueva York, 1982.

<sup>3</sup> Tanto Polonia como Cuba se han visto forzadas a renegociar sus respectivas deudas externas. Cuba tiene una deuda del orden de 8.000 millones de dólares con el CAME. A la banca occidental adeuda casi 3.000 millones de dólares. Son estos últimos créditos los que La Habana no puede cancelar en los plazos convenidos. Por ello ha solicitado una reestructuración de sus pagos. Cuba admite que ha sido golpeada por los mismos factores que tienen al borde de la moratoria a varios países del Tercer Mundo. Pero además acusa a los Estados Unidos por haberle causado la pérdida de 9.000 millones de dólares en el curso de los 22 años de bloqueo económico. Informe Latinoamericano No. 01, Londres, 1982.

cobertura ideológica: las dictaduras de derecha son autoritarias; las de izquierda son totalitarias. Es decir, las primeras son fenómenos indeseables pero reversibles, puesto que son amigas de Estados Unidos. Las segundas no, pues son hostiles a Washington.

Naturalmente los gobiernos autoritarios, como el argentino, se apresuraron a aportar su granito de arena al consenso estratégico, ofreciéndose para luchar contra la subversión, eufemismo para las luchas de liberación nacional, donde ello fuese necesario<sup>4</sup>.

El rompimiento con las políticas propuestas por la Comisión Trilateral enterró de una palada las posibilidades de distensión. Esta fue diseñada por David Rockefeller y Zbigniew Brzezinski entre otros, a mediados de la década del 70 para recomponer el superado orden internacional de la posguerra. Los trilateralistas estadounidenses reconocían que su país no era el atlas que sostenía al mundo. Era necesario ampliar el club. El trío compuesto por Estados Unidos, Japón y Europa Occidental tendría suficiente poder como para neutralizar el creciente número de centros de poder que amenazaba en convertir el orden internacional en su opuesto. Muy próximos a los planteamientos de la Trilateral se situaron el informe de la Comisión Brandt, sobre ayuda y desarrollo, y el de la Comisión Palme, sobre desarme.

La Trilateral ofrecía distensión al Este y un tratamiento preferencial al Sur. Por la vía de la concertación, especialmente en el plano económico, se esperaba si no resolver las dificultades más urgentes al menos atenuarlas. Un nuevo orden económico echaría las bases para un ámbito de convivencia política que permitiría la supervivencia de las estructuras existentes. Esta era la tesis reformista propugnada por los empresarios y mandatarios que estimaban que a menos que se corrigiesen las serias grietas del sistema económico, en un esfuerzo multilateral, este podría colapsar.

El Washington de hoy no cree en acuerdos concertados ni en las reformas. Su remedio es el monetarismo. Para Reagan, "la magia del mercado" es más que suficiente para sobremontar las dificultades actuales.

Dos años de gobierno monetarista en Estados Unidos tienen al sistema financiero internacional al borde del descalabro. Las elevadas tasas de interés, el precio de las materias primas, el descenso de las importaciones de productos básicos, las medidas proteccionistas, han prácticamente asfixiado al Sur. Resultado: cuando México fue incapaz de pagar su deuda, Estados Unidos acudió al rescate. Ello tuvo un precio. México debió hipotecar sus ventas de petróleo. El gobierno norteamericano ha eludido los esfuerzos multilaterales. Los que no puedan competir en el mercado internacional con las reglas del juego actuales, deberán someterse a la "magia" de Washington. El enfoque dominante es el

<sup>4</sup> Nueva Sociedad, No. 59, El Triángulo Washington-Pretoria-Buenos Aires. Raúl Sohr, Caracas, 1982.

unilateralismo. Otros países se verán forzados a seguir los pasos de México. La dependencia resultante se traducirá en una relación Norte-Sur cada vez más explosiva.

### ***La carrera armamentista***

Buena parte de los esfuerzos de Washington están volcados al campo bélico. En el plano militar, la primera tarea fue "cerrar la ventana de vulnerabilidad" determinada por la supuesta capacidad rusa de destruir las instalaciones de misiles en el propio territorio norteamericano. Para superar esta debilidad y conseguir "un margen de seguridad", el secretario de Defensa, Caspar Weinberger, elaboró un esquema defensivo que descansaría en una "triada": una cantidad sustantiva de armas nucleares repartidas entre bombarderos supersónicos (los BI), una nueva generación de submarinos, los tridentes que ya han comenzado a reemplazar a los polaris y los misiles en silos instalados en tierra. Además, se incrementaría el dispositivo bélico en los países miembros de la OTAN. Estos deberían albergar misiles Pershing II y Cruise<sup>5</sup>. Sin embargo, el equilibrio nuclear entre ambas superpotencias no es ficticio. Ambos Estados disponen de arsenales atómicos sobredimensionados que podrían destruir el planeta varias veces. Por ello es improbable que la supremacía entre Washington y Moscú se dirima en un enfrentamiento nuclear directo. Esta es justamente la premisa sobre la cual se han preparado estas enormes reservas destructivas<sup>6</sup>.

La discusión sobre si una guerra nuclear era posible fue uno de los temas que provocó el sisma del campo socialista. La Unión Soviética estimaba que la tesis de Lenin sobre la coexistencia pacífica debía interpretarse, en la era nuclear, como un imperativo que impedía encender la chispa que detonase una conflagración final. El apoyo a ciertas luchas de liberación nacional bien podría provocar la hecatombe atómica. La ruta hacia el socialismo pasaba por la emulación económica. Nikita Jrushov profetizó que su país habría superado en el plano económico a Estados Unidos en 1980.

Los comunistas chinos, por su parte, pensaban lo contrario. Las luchas de liberación nacional debilitaban al imperialismo y no necesariamente debían conducir a una confrontación directa. La guerra de Vietnam, Cambodia y Laos y luego el colapso del imperio portugués dieron la razón a Pekín. Finalmente, los soviéticos parecen haber llegado a esa misma conclusión. En tanto que China modificó sus puntos de vista. Las luchas de liberación nacional, a los ojos de Pekín, pasaron a ser un campo de enfrentamiento entre las fuerzas "hegemonistas". China, al revés de Reagan, estima que Moscú representa el

<sup>5</sup> Estados Unidos propuso la instalación de 572 misiles de mediano alcance distribuidos entre los miembros de la OTAN.

<sup>6</sup> Los arsenales nucleares cuentan con 50.000 cabezas nucleares, con una capacidad explosiva equivalente a 20m de Tnt. 1.600.000 veces la capacidad de la bomba lanzada en Hiroshima. El destino de la tierra. Jonathan Shell. Argos Vergara, España, 1982.

imperio ascendente (Washington, el decadente), es decir, los rusos son en la arena internacional "el aspecto principal de la contradicción principal".

También Estados Unidos parece concurrir con Moscú y Pekín con la noción de que los próximos conflictos se librarán como en el Líbano, las Malvinas, Irán-Irak, Sudafrica-Angola, Etiopía-Somalia con armas convencionales. Esta conclusión esta implícita en el hecho que el presupuesto militar norteamericano para los próximos cinco años sólo considera 15 por ciento para la modernización de sus armas nucleares.

El grueso del esfuerzo bélico estadounidense, fuera de sus fronteras, está destinado a tres frentes:

**1. Europa.** El viejo continente es la pieza más importante en el equilibrio de poder mundial. Las oscilaciones o vacilaciones europeas en un sentido y otro pueden cargar la balanza a favor de una de las superpotencias. Por lo tanto, aquí se concentran los principales esfuerzos de ambos bandos. Aquí se encuentra la frontera más delicada entre el capitalismo y el socialismo. Washington, especialmente durante el período del secretario Alexander Haig, prestó gran atención a consolidar la alianza atlántica. Es decir, toma en serio a los aliados de la OTAN. Moscú ha hecho otro tanto en relación al Pacto de Varsovia.

**2. El Medio Oriente.** Esta región es vital en función de Europa Occidental y Estados Unidos. Esta zona provee dos tercios del crudo consumido por Europa y un tercio del norteamericano. Los estrategas del Pentágono consideran que los productores de petróleo del Golfo Pérsico carecen de los recursos propios para mantenerse dentro de la esfera de influencia occidental. Para garantizar el status quo se diseñó la fuerza de despliegue rápido, un eufemismo para designar una fuerza de intervención para el caso que las defensas locales sean insuficientes.

**3. El resto del planeta.** Hoy, cualquier punto de la tierra es importante. Pequeñas repúblicas, que carecen de interés económico o geográfico adquieren una dimensión mundial como una prueba de la voluntad política de mantener la supremacía. El caso de las Malvinas es un buen ejemplo de ello. La primera ministra británica, Margaret Thatcher justificó el envío de la fuerza expedicionaria primordialmente por razones de prestigio político: para demostrar que: "la agresión no paga". Especialmente si proviene de un país del Sur.

Estados Unidos espera contener a los soviéticos mediante abrumadora supremacía naval. El Pentágono desea reducir la "proyección de fuerza soviética en el Tercer Mundo". Para ello considera la construcción de la más colosal marina de la historia: 600 barcos de guerra. Esta formidable armada contaría por lo menos con 15 portaaviones (en su mayoría nucleares), cada uno de ellos escoltado por una veintena de navíos dotados de misiles y con la capacidad de desarrollar operaciones anfibas.

Esta opción es la obra, en gran medida, del campeón de los "globalistas unilaterales", el secretario de Defensa Caspar Weinberger. Vale decir de aquellos que propugnan que Estados Unidos controle los destinos del globo, con o sin aliados. La acumulación de poder militar descrita permitiría a Estados Unidos enfrentar cualquier "desafío" en prácticamente cualquier parte del orbe. La proyección de semejante poder bélico inhibiría a los rusos y subordinaría a las naciones amigas y aliadas al liderazgo norteamericano. Para esta escuela de pensamiento, la falta de una conducción mundial firme y clara y la aparición de un esquema de poderío multilateral es la raíz de la inestabilidad actual. Pero Weinberger no ha podido implementar plenamente sus ideas. En Estados Unidos no existe unanimidad en torno a este proyecto. Si bien todos los sectores vinculados a la formulación de las estrategias militares coinciden en fortalecer el poderío naval, hay una corriente que pone mayor énfasis en la alianza atlántica, esta es conocida como "atlantista". Los defensores de esta tesis son principalmente los representantes del ejército, quienes, como era de suponer no están nada contentos con que la marina se lleve la parte del león. Ya que no pueden navegar los atlantistas proponen que se refuercen las fuerzas de tierra en Europa, el Medio Oriente y el Noreste asiático. Por supuesto que este no es el único argumento de los "atlantistas". Estos arguyen que Estados Unidos no debe sobreextender sus compromisos y cabe una consideración más realista en cuanto al papel que este país puede jugar en el mundo moderno. La hora del gendarme internacional ha quedado atrás, dicen. No existen ni los medios materiales - a menos que se incurra en ingentes sacrificios domésticos, que también tienen su costo - ni la disposición política por parte de la mayoría de los norteamericanos a verse mezclados en conflictos lejanos sin vinculación aparente con la seguridad nacional estadounidense.

Cualquiera sea la estrategia que se adopte en definitiva, tendrá un costo exorbitante. El presupuesto bélico para 1981, bordeó los doscientos millones de dólares. Pero si esta cifra es difícil de conseguir para Washington, argumenta Weinberger, ella está fuera de alcance para Moscú. El secretario de Defensa estima que la carrera armamentista es una de las formas de acelerar la caída del imperio soviético. Pues si los rusos deberán destinar recursos, que urgen en la agricultura, por ejemplo, a mantener un arsenal que no pueden pagar, no pasará mucho tiempo antes de que nuevos movimientos como Solidaridad florezcan en el campo socialista. Pero, por otra parte, si no aceptan el reto, su credibilidad mundial sufrirá las consecuencias, pues no tendrán las fichas para contrarrestar "la proyección norteamericana".

### ***Grietas en la alianza atlántica***

Es en esta estrategia que se inserta el debate entre Europa Occidental y Estados Unidos sobre la construcción del gasoducto. La argumentación de Washington de que Europa sufrirá una creciente dependencia energética por la importación de gas ruso no es real. En la práctica se trata de reemplazar las actuales compras de

petróleo soviético por cantidades relativamente equivalentes de gas. Lo que le preocupa e irrita a los estrategas norteamericanos es que Moscú consigna recursos financieros en un momento en que obviamente atraviesa por una severa crisis. De poco sirve forzar una elevación del gasto militar si por otra parte pueden obtener créditos para pagarlo. La diplomacia norteamericana se empeña en señalar que las ventas de grano limpian las arcas rusas, en tanto que el gasoducto tiende a llenarlas.

El argumento de los europeos es diferente: en primer lugar no desean un retorno a la guerra fría. La mayoría de las izquierdas y derechas europeas están por la distensión. Luego, no quieren aumentar la posibilidad de un conflicto Este-Oeste en que a ellos les corresponde servir de "teatro" o campo de batalla principal. Finalmente, agregan que los contratos son beneficiosos para la Unión Soviética, pero también indispensables para Europa en un momento de aguda crisis económica. Los europeos, particularmente la socialdemocracia alemana, estiman que acorralar económicamente a Moscú no sólo no debilitará las tendencias liberalizadoras en el campo socialista y causara sufrimientos a sus pueblos, sino que favorecerá un endurecimiento político y la influencia de los sectores más militaristas del campo socialista. El comercio y la distensión son, según la mayoría de las cancillerías europeas, la mejor manera de alterar el orden de cosas existentes en Europa Oriental.

Las fricciones comerciales entre Estados Unidos y Europa no se confinan al gasoducto. Un número creciente de productos, con el acero a la cabeza, encuentran crecientes dificultades para ingresar al mercado norteamericano. Las acusaciones recíprocas de proteccionismo se hacen cada vez más frecuentes.

La alianza atlántica, uno de los pilares de la defensa de Occidente, está resquebrajada. La razón es que Estados Unidos quiere apostar contra la Unión Soviética con más fichas que las que tiene a su disposición. Carece tanto de los recursos domésticos como de la capacidad de convocatoria internacional como para replantearse un liderazgo mundial indisputado.

Una prueba de ello fue prácticamente la primera movida internacional del gobierno de Reagan. El campo de experimento para la nueva guerra fría fue un país pequeño, insignificante en el balance de fuerzas mundial: El Salvador. Allí, Alexander Haig decidió trazar la línea contra el comunismo. Era una causa segura. No había posibilidades de enfrentamiento con los soviéticos y estaba en el área de influencia de los Estados Unidos. Con gran despliegue fueron despachados Lawrence Eagleburger y Vernon Walters a recorrer las capitales europeas y latinoamericanas, respectivamente. El mensaje fue unívoco: los aliados de Washington no estaban dispuestos a aceptar que en esa pequeña república centroamericana, gobernada por militares déspotas y corroída por la más oprobiosa desigualdad, se jugaban los destinos de Occidente. En definitiva,

luego de múltiples amenazas, Washington tuvo que aceptar un enfoque más flexible<sup>7</sup>.

La impotencia de Estados Unidos ha quedado de manifiesto en el Líbano, donde Israel masacró a los refugiados palestinos. Tel-Aviv se había comprometido ante Washington a no invadir el Beirut musulmán. Pero en este caso se podría sospechar que Estados Unidos está tan interesado como Israel en la liquidación de los palestinos. Un caso más serio en cuanto a la credibilidad internacional fue la guerra de las Malvinas. En el Atlántico Sur se enfrentaron el aliado "privilegiado" en Latinoamérica, Argentina, y su brazo derecho en Europa, Gran Bretaña. Cuando Margaret Thatcher supo que la flota argentina navegaba hacia las Malvinas, no se desveló. Simplemente llamó por teléfono a Reagan para que este intercediese ante el presidente Leopoldo Galtieri. Era natural, se trataba del área de influencia norteamericana. Londres daba por descontado que Washington velaría por sus intereses. Reagan también lo entendía así. Por ello llamo personalmente a Galtieri para sostener una conversación de casi una hora<sup>8</sup>. Los resultados son conocidos. La Argentina no está en el patio trasero de Estados Unidos.

La era en que Washington podía moldear los acontecimientos (shape events) a su conveniencia es un hecho del pasado. Esta es una porfiada realidad que los diplomáticos norteamericanos confrontan cada día. La posibilidad de alterar el curso de los procesos sociales por la vía de la fuerza es cada vez más difícil. Al menos mientras exista un cierto orden internacional. La interdependencia, el desarrollo de los medios de comunicación y el alto grado de conciencia internacional hacen contraproducente la diplomacia de las cañoneras, tan en boga en el siglo pasado. Aun con una marina de 600 barcos<sup>9</sup>.

La política exterior de Estados Unidos esta dictada en buena medida por consideraciones militares. Muchas de estas últimas parecen inspiradas más en razones político-comerciales domésticas que en una visión global. Las posturas actuales de Washigton tienden, en cierta forma, a cumplir las profecías más oscuras en cuanto al destino de Estados Unidos. La carrera armamentista y las políticas monetaristas han desencadenado una espiral de inestabilidad. La falta de recursos financieros conduce a restricciones en el gasto social. Ello se traduce en descontento, el cual a su vez genera inseguridad y represión. Así se escalan los conflictos. En ese contexto es poco lo que pueden hacer las armas atómicas. Las derrotas de la diplomacia norteamericana no residen en los fallos de tal o cual política, como lo piensan los "reaganistas", sino que el concierto de las naciones ha crecido y Estados Unidos se ha encogido. Puede haber pocas dudas de que esta será la tónica de las décadas venideras.

<sup>7</sup> Foreign Affaire, Vol. 60, No. 5. Maritime Strategy vs Coalition Defence. Robert W. Komer, 1982.

<sup>8</sup> América Latina Informe Semanal. El Salvador: Entre la negociación y la escalada. Londres, 6 de marzo de 1981.

<sup>9</sup> América Latina Informe Político. La Argentina gana el primer round en la pelea por las Malvinas, pero el imperio contraataca. Londres, 9 de abril de 1982.



**Referencias**

- Anónimo, AMERICA LATINA INFORME POLITICO. LA ARGENTINA GANA EL PRIMER ROUND EN LA PELEA POR LAS MALVINAS, PERO EL IMPERIO CONTRAATAACA. - Londres, Inglaterra. 1982;
- Anónimo, AMERICA LATINA INFORME SEMANAL. - Londres, Inglaterra. 1981;
- Anónimo, INFORME LATINOAMERICANO. 01 - Londres, Inglaterra. 1982; El Triángulo Washington-Pretoria-Buenos Aires.
- Hyland, William G., FOREIGN AFFAIRS. 67, 3 - 1981; U.S. Soviet Relations: the long road back.
- Komer, Robert W., FOREIGN AFFAIRE. 60, 5 - 1982;
- Shell, Jonathan, EL DESTINO DE LA TIERRA. - Argos Verpara, Esparza. 1982; El Salvador: Entre la negociación y la escalada.
- Sohr, Raúl, NUEVA SOCIEDAD. 59 - Caracas, Venezuela. 1982; Maritime Strategy vs Coalition Defence.